

Ya no luce en sus manos la esmeralda,
Ni brilla el oro que halagó su anhelo,
Y a sus correctas formas hacen velo
Los desteñidos pliegues de su falda.

Y cuando nadie en la ciudad la nombra,
Al fin termina su existencia breve
Del antiguo hospital bajo la sombra;

Y ante aquella difunta como nieve
El audaz anatómico se asombra
Y el alma del artista se conmueve!

LUIS MARÍA MORA

1893.

DE NOVIS ET VETERIBUS

Señor don Juan Manuel Arrubla—La ciudad.

Mi estimado Juan Manuel:

Se presta mejor el desenfado de la carta, en que la verdad de nuestros pensamientos queda menos velada, para trasladar algunos temas de nuestras conversaciones, a los cuales ha dado consistencia, como si fuera un catalizador, tu magnífico artículo sobre Leopardi.

Así como a la sombra de un árbol nos detenemos a contemplar el paisaje que nos rodea, así a la sombra de tu comentario sobre Leopardi en lengua castellana—que en este caso sería la sombra de un olmo romántico o de una encina griega—me vas a permitir algunas indicaciones en el paisaje literario que quisiera desplegar a tu vista.

De fijo, mis pupilas no abarcarán mucho espacio; pero la intención de unirme, en esa forma, a las enal-

tecedoras voces de estímulo y aplauso que vienes recibiendo, te hará comprender que tu artículo fue, por demás, bien acogido entre quienes comparten tus aficiones y que ha sugerido más de lo que deja traslucir su limpia y ordenada corriente.

En este carnaval de los espíritus a que asistimos, no siempre como serenos espectadores, cual debiéramos; en medio de este universal torbellino de mentes oscurecidas y corazones aniquilados, tu artículo me parece de actualidad. No en sí mismo ni con esa actualidad *palpitante* de una noticia *fresca*, sino por las consideraciones que se desprenden ya de su asunto, ya de la posición estética de donde miras el asunto.

Porque, en efecto, me pregunto: ¿cuántos jóvenes de tu generación—y perdóname el rótulo de moda—se han acercado a la mesa del triste poeta de «Le Ricordanze», adobada, cierto, con manjares exquisitamente perniciosos, pero no tan funestos y mal condimentados como se piden hoy? ¿Qué se necesita para comprender *provechosamente* a Leopardi? A esto responderás tú mismo: un cuidadoso cultivo del entendimiento y una gran nobleza de corazón.

Y por aquí, precisamente, desembocan las sugerencias de tu artículo. Se trata de saber qué bases de cultura necesitamos los jóvenes para opinar juiciosamente sobre cuestiones de arte, de belleza; y en qué punto debemos situarnos para justipreciar las manifestaciones estéticas de todo lugar y tiempo.

Al oírme hablar así, como para una encuesta de periódico, tu benévola ironía de santafereño de buen gusto, dibujará una sonrisa. Dirás que a tales preguntas hace tiempo que respondió Perogrullo. Mas tú y yo hemos convenido en que las verdades de sentido común, humildes cimientos sobre que descansa el edificio

de nuestra cultura, se nos están olvidando en esta crisis de todos los valores.

Es corriente, por otra parte, que los jóvenes ensayen soluciones presurosas a los más difíciles problemas. Y no sorprendiendo a nadie las más inauditas audacias, menos mal será que nosotros, ante un futuro deber profesional, metamos baza en cuestiones que por lo menos nos han robado algunas horas de meditación y estudio.

Hace más de dos años, las columnas de esta misma Revista, antes que ninguna otra del país, anunciaron y ponderaron el centenario del Romanticismo. Suspirábamos entonces por la aparición de alguien que trazase un nuevo *Prefacio de Cromwell*, que sería como el pendón efectivo, y no de mentirijillas, tras del cual corriesen esas inquietudes de los muchachos, tan manoseadas en el día: inquietudes vacías, inquietudes caprichosas.

Y como no surge todavía ni siquiera uno de esos visionarios de que habla tu sabio maestro florentino.

... Che va di notte
Che porta il lume dietro e a se non giova,
Ma dopo sé fa le persone dotte;

y como nuestros compañeros que leen están repudiando los magisterios consagrados, vivos o muertos, a trueque de imponer e imponerse otros ciegamente proclamados—¡y con qué intransigencia!—tócales a los presuntos maestros en artes, iniciar una defensa, una aclaración y una renovación del principio de autoridad artística, que bien entendido, es el único que puede orientarnos en la edad del aprendizaje.

Al conocimiento de las bellezas del arte debiéramos acercarnos como a una suerte de humano confesionario. Hay un magisterio de belleza, como un magisterio de la verdad, cuyos eslabones se engarzan a través de los siglos. Y de antemano convencidos de que en él resi-

de la suprema autoridad estética, la primera disposición que deben llevar los neófitos del arte, será la virtud que llamaríamos de la humildad artística. Son éstas, Juan Manuel, verdades modestas y conocidas, y a mí, no obstante, que malamente las declaro, me saben a nuevas, tan acostumbrados vivimos a escuchar opiniones inmodestas a fuero de nunca oídas.

La humildad artística es el convencimiento de que valemos mucho menos que cuantos han producido auténtica belleza en el mundo civilizado. Cualquiera diría que reconocer y practicar esta virtud es cosa tan fácil como enunciarla. Sin embargo, con frecuencia oímos desdeñar todo lo clásico—y ya sabes que este nombre más que término *relativo* de clasificación es un insulto para esquivar la obligación de hablar de ello a sabiendas; menospreciar las obras que llevan más de un lustro de editadas, por creer que volver atrás en el tiempo implica un retroceso, como si las cosas esenciales del espíritu tuvieran ayer y hoy; mirar, en fin, como a sobrevivientes de la época del plesiosaurio a quienes, creyendo que en el pasado hay fuentes eternas de belleza, van a beber en ellas y a fortalecerse.

Atribuyo tales actitudes a lo mucho que leemos para estar al día y a lo poco que estudiamos para formarnos claro y personal criterio.

Porque no se crea que «estudiar a los maestros que nos precedieron para seguirlos en sus aciertos y evitarlos en sus yerros», según el sabio precepto escolástico, sólo sirva para recortarnos las alas y, así, acortarnos el vuelo. Dándonos a conocer las bellezas que otros conocieron, ese estudio nos sugiere las que han quedado por conocer, y suscitándonos la comparación entre los diversos modos de conocer y sentir lo bello, descubrimos nuestra personal manera de conocer y sentir.

Pero los tesoros de belleza que guardan los genios

del pasado no se nos ofrecen a simple vista, mucho menos por referencias. Es menester estudiarlos con la persuasión de que por algún resquicio se filtrará la luz ignorada. Y en este punto es donde, precisamente, se pone en juego la virtud de la humildad artística.

Hay que quitar afeites modernos, despojar el alma de sus complicados atavíos y desnudarla como para un baño, de brusca sensación al principio, mas cuya benéfica reacción poco a poco vamos experimentando.

El amargo maestro, que inspiró tu comentario, nos da lección a propósito, en su tratado *De la Gloria*, refiriéndose a Virgilio: «Si bien presumo poco de mí mismo, y creo no poder gozar jamás de cada parte de todo su mérito y de todo su magisterio, todavía doy por cierto que el mayor número de sus lectores y encomiadores no descubre en su poema más de una belleza por cada diez o veinte que a mí, con el mucho leerle y meditarle, se me muestran al cabo».

Así decía, modestamente, quien sí leyó y meditó a Virgilio y se alimentó de él. En cambio, un elegante aficionado a las letras clásicas motejaba, no ha mucho, de «mal traductor de Virgilio» a quien también, entre nosotros, lo leyó, lo meditó y de tan soberana manera lo trasladó a nuestra lengua, que sólo puede negarlo quien desconozca igualmente el original y la interpretación. Pero tal vituperador sabe que basta la afirmación malhumorada y rotunda para rebajar a los ojos de los incautos los valores mejor asentados.

Como el continuo y amoroso comercio con los espíritus superiores nos comunica insensiblemente la ilusión de nuestra superioridad, por la generosa acogida que ellos nos brindaron; y sin poder evitarlo quizá, nos ensoberbece al volver al trato de la cotidiana medianía, otro maestro, con fluida y cristiana mansedumbre. Fray Luis de Granada, nos previene así: «Mayor cuidado de-

bes tener de mirar lo que te falta que lo que tienes, y las virtudes que el otro tiene que las que tienes tú; porque este pensamiento despertará en tí el deseo de la perfección. Mas si por el contrario, pones los ojos en lo que tú tienes y en lo que a los otros falta, tenerte has en más que ellos y hacerte has negligente en el estudio; porque pareciéndote por comparación de los otros que eres algo, vendrás a estar contento de tí mismo y a perder el deseo de pasar adelante».

No entiendo, con todo, por verdadera humildad, la inconsciencia del propio valer; ni va contra ella el natural deseo de la estimación ajena de nuestros méritos. Todos, pero en especial de jóvenes, necesitamos estímulo y apoyo mutuo que nos alienten en la lucha. Sólo que nuestros aciertos han de pasar como inadvertidos a nuestros propios ojos hasta que los ajenos los descubran, y una vez reconocidos nos inciten a buscar nuevos aciertos a perfeccionarnos.

Y volviendo a las cuestiones arriba enunciadas, te advierto, desde luego, que me circunscribo, para no extraviarme, al campo de la belleza escrita, uno de cuyos altos creadores me sirve de pretexto. Lo que he dicho y lo poco que me queda por decir, se adaptan, sin embargo, cambiando nombres y decorado, a las demás artes ópticas y acústicas.

Para colocar en el punto más adecuado nuestro juicio estético, se me ocurre, por lo pronto, convidar a los de mi edad y gustos a subir contigo por una serie de colinas escalonadas en el paisaje de las letras, que, tras penosos declives, nos conducen a una altura más eminente. Para llegar a ella pueden seguirse distintas direcciones; pero a mí no se me presenta sino la de tres collados, a los cuales hay que nombrar, por desgracia con el nombre común de *clasicismos*.

¡Qué importa! Mostremos humildad en acatar lo condenado por denominaciones poco nuevas. Poco ganamos con ser clasificados en este o aquel grupo, y mucho con satisfacer nuestras íntimas aspiraciones.

La primera colina, la más cercana a la llanura de donde partimos, es el clasicismo español. Y como andamos por lo más saliente y empinado, podemos tomar desde Cervantes, remontar en seguida los grandes místicos y ascetas y haciendo largo rodeo, alcanzar a Jovellanos para venir de allí a un par de líricos de primera, cuatro o cinco novelistas y dramaturgos y dos o tres críticos y filósofos del siglo XIX. Para un paseo de formación es suficiente.

Necesitamos este primer ascenso para vigorizar la lengua, conocer sus recursos y apropiarnos su desenvoltura y bizarría, para nutrirnos desde luego con los mejores jugos de la raza.

Manifiesto cambio se nota al emprender el segundo: es liviana la cuesta, cortas las hondonadas, casi parejo el contorno. Estamos en el clasicismo francés que nos conduce desde los grandes cortesanos del ingenio y la sabiduría que rodeaban el carro del sol hasta sus sucesores en los tres siglos subsiguientes.

En el actual movimiento de la cultura española se advierte marcada tendencia por deshacerse del seductor influjo francés en favor de la honda y serena sugestión del pensamiento alemán. Bien está. Se tacha a los grandes escritores franceses de poco profundos y originales, galanos expositores de lo conocido más bien que serenos investigadores de lo ignoto. No es el caso de discutirlo. Empero, tienen para nosotros una ventaja primordial: esas cualidades matemáticas del estilo, de que hablaba el señor Caro, con las cuales se podría la viciosa frondosidad española: orden, claridad, precisión y método, salpimentados de aticismo, que no sólo endere-

zarian el gusto y criterio de nuestros literatos incipientes, sino se amoldarían a los sistemas y procedimientos de los hombres de ciencia, cuando éstos necesiten expresarse rápida, eficaz y agradablemente.

Nuestra juventud tropical, obligada a acelerar la marcha de su desarrollo, viviendo varias etapas en una, para no quedarse atrás de los países adelantados, tiene que ordenar primero las nociones encontradas y revueltas que le están llegando de los cuatro vientos del espíritu. Sería preferible, pues, en esta decisiva gimnasia de nuestras facultades, sacrificar la hondura y novedad de los conceptos en aras de su claridad y firmeza, aun para asimilar, a su debido tiempo, la obra germánica. Al decir esto, no creo renegar de mi germanofilia, día por día más afianzada. Pues lo repito: se trata de buscar la senda más clara y expedita.

Ya escalamos la tercera cima. El buen clasicismo francés nos ha llevado directamente al griego y latino, cuyas mejores dotes heredó aquél. Hay que beber, de Roma y de Grecia, en las fuentes originales y las encumbradas; y de su particular provecho, así como de la necesidad cultural de acudir a ellas, habrá lugar de exhibirme en otra epístola que si no por su desempeño, por su asueto, puedo decir que está calzando la sandalia para salir a tu encuentro.

E insensiblemente coronamos ya la eminencia. Ella no es otra cosa que el equilibrio de las facultades creadoras y críticas, la generosidad y comprensión de todo lo espiritual, dentro de todas las escuelas, la prudencia y la libertad del juicio, la sana curiosidad y el desinterés absoluto. Ahora mismo me provocaría desarrollar una aclaración y aplicación de estas condiciones. Pero me has soportado más de lo exigido y debes estar jadeante después de tantas perogrulladas. Déjolo para la anunciada ocasión.

Sólo te diré—y tú lo sabes ya—que en esa altura depositan los vientos, fuera de otros rumores armónicos, los quejunbrosos acordes de la lira que entonó *El Risorgimento*, mezclados a las notas desafadoras y arrogantes del arpa de Hugo. Allá arriba nos doblegamos, reverentes, ante la sombra del Dante, visitador de almas, en el Infierno, y de Shakespeare, visitador de almas en la Tierra; sin perjuicio de hermanarnos con esos novelistas de la torturada Rusia, creadores de un mundo de ficción, en que se aúnan realismo y romanticismo en trágica mixtura, y sobre todo, maestros de amarga humildad.

En fin, allá arriba concebimos la belleza de las cosas y del arte como la recibió el Gibelino, abrigándola, de la mente del angélico Doctor:

Per sua bontate il suo raggiare aduna,
Quasi specchiato in nuove sussistenze,
Eternalmente rimanendosi una.

Julio 18 de 1929.

ARMANDO ROMERO LOZANO

Post data—Esta carta, o lo que parezca, debió llegar a su destino, por conducto de la Revista, en el número anterior a éste. Holgaría su publicación si las ideas en ella expresadas se hubieran atrasado también; pero, en el curso de un mes, opiniones autorizadas procedentes de diversos campos, no sólo han venido a reforzar las mías con nuevos y más claros argumentos, sino que han lustrado mis armas para una segunda salida, en la cual intentaré sustituir la vaga tesis, que han propuesto por ahí, de volver al Trópico sin tropicalismos, por esta otra: retornar al campo sin afectaciones ciudadanas—*Vale*.